

27 de agosto de 2023 - 21º domingo ordinario "A"

[Isaías 22, 19-23; Romanos 11, 33-36; Mateo 16, 13-20](#)

### Homilía

Nuestra primera lectura del profeta Isaías no fue elegida al azar. Nos ayuda a comprender la pregunta de Jesús a sus discípulos. Este texto del profeta Isaías fue escrito muy probablemente antes de la primera deportación del pueblo de Jerusalén.

A principios del siglo VI a.C., el Imperio babilónico intentaba subyugar a todos los pequeños reinos y controlar a todas las tribus dispersas por el llamado "Creciente Fértil". Jerusalén no era más que otra fortaleza a la que someter. Ante un intento de rebelión, en el año 597 a.C. el Imperio babilónico exilió a todos los miembros más importantes de la sociedad a diversas ciudades de Mesopotamia. Esto supuso un duro golpe para la familia real, que se consideraba inamovible. La profecía de Isaías se dirige a toda la clase dirigente, que se atribuía a sí misma la importancia y el honor que correspondían al rey, y había convertido las llaves del palacio en un símbolo de su creciente poder. El profeta Isaías anuncia que estas llaves pasarán a otro, y que todo este sistema basado en la explotación del pueblo se derrumbará.

En la época de Jesús, todo el pueblo judío esperaba un Mesías que restableciera el reino político de David y su autoridad sobre los demás pueblos. Jesús se negó a responder a esta aspiración. Su misión era diferente. Por eso, en medio de su ascensión a Jerusalén, cuando ya había trabajado lo suficiente para formar a sus discípulos, un día los llevó fuera del territorio judío, a la región de Cesarea, la ciudad que Felipe había construido en honor del emperador Augusto. Y fue allí, fuera de Israel, donde les preguntó qué decía la gente sobre el "*Hijo del Hombre*", es decir, sobre Él. Pero lo que realmente le interesaba era la respuesta de sus discípulos: "*Y vosotros, ¿qué decís que soy yo?*"

La pregunta se hace a todos los discípulos, y Pedro responde en nombre de todos ellos. En el mismo relato, que también se encuentra en los evangelios de Marcos y Lucas, la respuesta de Pedro es "*Tú eres el Mesías*" o "*el Mesías de Dios*". En el Evangelio de Mateo, la respuesta es más elaborada: "*Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo*". El "*Hijo del Hombre*" es, por tanto, el "*Hijo de Dios*". Es el "*Dios entre nosotros*", el "*Emmanuel*" según el título dado a Jesús al principio del Evangelio de Mateo. Y la mención del "*Dios vivo*" contrasta a los ídolos sin vida con el Dios vivo que da la vida y que vencerá a la muerte.

Al igual que Pedro respondió en nombre de todos los discípulos, Jesús responde a todos ellos cuando se dirige al propio Pedro. La profesión de fe que expresó es la roca sobre la que Jesús edificará su Iglesia, de la que el propio Pedro es miembro. Cabe señalar que en el texto griego, la palabra "*pedra*" se traduce por dos términos diferentes que no son sinónimos. Petros (en "*tú eres Pedro*") se refiere a una piedra que se puede mover e incluso arrojar. Pero *petra* (en "*sobre esta piedra*") significa una roca sólida e inamovible. Esta roca sobre la que Jesús edificará su Iglesia no es la persona de Pedro, sino su profesión de fe, hecha en nombre de todos los discípulos. Jesús utiliza también dos imágenes para designar a su Iglesia. La primera es la de la casa construida sobre roca, contra la que el poder de la muerte no tendrá fuerza, y la segunda es la de las llaves, es decir, el poder otorgado a la **comunidad** para admitir en su seno a los que buscan la salvación y excluir de ella a los que la rechazan. Estas "llaves" no deben verse como el poder personal de Pedro sobre la Iglesia, sino como el poder *de la Iglesia* representada por Pedro. El Concilio Vaticano I lo entendió claramente cuando no definió la infalibilidad papal como una prerrogativa individual, sino que dijo que el Papa, cuando habla *ex cathedra*, **ejerce "la infalibilidad que Cristo ha dado a su Iglesia"**.

Y cuando Jesús ordenó a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era el Mesías, obviamente no les estaba prohibiendo que profesaran su fe, ya que Pedro acababa de proclamarla en su nombre, sino les estaba prohibiendo que lo presentaran como el tipo de Mesías que esperaba el pueblo. No viene con el poder real sino con la humildad de un siervo.

La pregunta que Jesús hace a sus discípulos en este relato evangélico es la misma que nos hace a cada uno de nosotros. *¿Quién es Jesús para nosotros?* Es a través de una fe vivida y comprometida, más que a través de las palabras, como podemos responder a esta pregunta.

Armand Veilleux